

FERRÁN Y FORNIÉS, AUGUSTO (1835-1880)

*LA SOLEDAD*

1860

I

Las fatigas que se cantan  
son las fatigas más grandes,  
porque se cantan llorando  
y las lágrimas no salen.

II

Al ver en tu sepultura  
las siemprevivas tan frescas,  
me acuerdo, madre del alma,  
que estás para siempre muerta.

III

Los mundos que me rodean  
son los que menos me extrañan:  
el que me tiene asombrado  
es el mundo de mi alma.

IV

Los que la cuentan por años  
dicen que la vida es corta;  
a mí me parece larga  
porque la cuento por horas.

V

Cuando dices un embuste  
la sangre salta a tu cara:  
no digas más que verdades,  
porque es tu sangre encarnada.

VI

Pasé por un bosque y dije:  
«aquí está la soledad...»  
y el eco me respondió  
con voz muy ronca: «aquí está.»

Y me respondió «aquí está»  
y sentí como un temblor,  
al ver que la voz salía  
de mi propio corazón.

#### VII

Dos males hay en el mundo  
que es necesario vencer:  
el amor de uno a sí mismo  
y el rencor de la mujer.

#### VIII

Al darme la muerte, ingrata,  
a ti misma te castigas,  
pues tu castigo mayor  
es quedarte con dos vidas.

#### IX

Yo me marché al campo santo  
y a voces llamé a los muertos,  
y para castigo mío  
los vivos me respondieron.

#### X

Eres muy niña y ya clavas  
en tu pañuelo alfileres:  
ya dejan ver desde niñas  
su inclinación las mujeres.

#### XI

Dentro de un tropel de penas  
tengo mi cuerpo metido,  
y nadie me da socorro  
por más que a voces lo pido.

#### XII

Al verme triste a tu lado  
no me preguntes qué tengo;  
tendría que responderte,  
y yo acusarte no quiero.

#### XIII

Yo tenga hecha con el cielo  
una escritura perpetua  
de no marcharme del mundo

hasta que la muerte venga.

Y hasta que la muerte venga  
esperaré sin quejarme,  
sólo por ver en el mundo  
dónde concluyen los males.

XIV

No hagas daño, compañero,  
ni a los que daño te hicieren,  
porque aquel que a hierro mata  
casi siempre a hierro muere.

XV

La muerte ya no me espanta;  
tendría más que temer  
si en el cielo me dijeran:  
has de volver a nacer.

XVI

Si mis ojos no te dicen  
todo lo que el pecho siente,  
no es porque se están callados;  
es porque no los comprendes.

XVII

Puedes hacer lo que quieras,  
que a nada me opongo yo;  
pero comprar mi dinero  
con tu querer... ¡eso no!

XVIII

Yo no sé lo que yo tengo,  
ni sé lo que me hace falta,  
que siempre espero una cosa  
que no sé cómo se llama.

XIX

Yo propio juez de mi causa  
he venido a sentenciar,  
que yo la muerte merezco,  
tú la muerte... y algo más.

XX

Las estrellas que en el cielo  
brillan con gran claridad,

¡cuántas noches de fatigas  
las he querido contar!

Las he querido contar  
sin llegarlo a conseguir,  
que tengo los ojos malos  
de llorar y de reír.

De llorar, cuando me acuerdo  
que Dios de mí te apartó;  
de reír, al acordarme  
que pronto iré junto a Dios.

XXI

De mirar con demasía  
se me han cegado los ojos,  
y ahora que ciego me encuentro  
es cuando lo veo todo.

Y ahora que lo veo todo,  
estoy viendo de continuo  
el mundo y sus desengaños  
pasar dentro de mí mismo.

XXII

Si me quieres como dices,  
¿por qué te apartas de mí?  
agua que va río abajo,  
en la mar viene a morir.

XXIII

No os extrañe, compañeros,  
que siempre cante mis penas,  
porque el mundo me ha enseñado  
que las mías son las vuestras.

XXIV

Hace ya muy largos años  
que en todas partes te veo,  
pero no tal como eres,  
sino según mi deseo.

XXV

Di a tu madre que sin falta  
me venga a hablar esta noche,  
que la quiero, una por una,

contar tus malas acciones.

### XXVI

Mirando al cielo juraste  
no me engañarías nunca,  
y desde entonces el cielo  
sólo con verte se nubla.

### XXVII

En un calabozo oscuro  
sufro penas sobre penas,  
y a fuerza de estar a oscuras,  
se ha vuelto mi pena negra.

### XXVIII

Al saber que me engañabas,  
fui a la orilla del mar;  
quise llorar y no pude,  
y en ti me puse a pensar.

En ti me puse a pensar,  
y por fin llegué a entender  
cómo una mujer que quiere  
puede olvidar su querer.

Puede olvidar su querer;  
y al ver que esto era verdad,  
mis lágrimas se perdieron  
en lo profundo del mar.

### XXIX

Tu aliento es mi única vida,  
y son tus ojos mi luz;  
mi alma está donde tu pecho,  
mi patria donde estás tú.

### XXX

Del fuego que por tu gusto  
encendimos hace tiempo,  
las cenizas sólo quedan,  
y en el corazón las llevo.

### XXXI

Pobre me acosté, y en sueños  
vi lleno de oro mi cuarto:  
más pobre me levanté

que antes de haberme acostado.

XXXII

¿Cómo quieres que yo queme  
las prendas que me has devuelto,  
si el corazón me lo has dado  
tú misma cenizas hecho?

XXXIII

El pájaro que me diste,  
preso lo tengo en su jaula,  
y el pobre de día y noche  
se muere, y por eso canta.

XXXIV

Llevas escrito en tu cara  
que tienes mal corazón,  
y es tan poca tu vergüenza  
que aún vas por donde yo voy.

XXXV

Madre mía, compañera,  
madre mía ¿dónde estás?  
te llamo en el cementerio  
y no quieres contestar.

No me quieres contestar,  
cuando te vengo a pedir  
el alma que te llevaste  
al separarte de mí.

Al separarte de mí  
me diste un beso de adiós,  
y en tus labios toda mi alma,  
madre mía, se quedó.

XXXVI

Si os encontráis algún día  
dentro de la soledad,  
no pidáis consuelo al mundo,  
porque él no os lo puede dar.

XXXVII

Sé que me voy a perder  
y ya sé que estoy perdido,  
y solamente me pesa

que no te pierdas conmigo.

### XXXVIII

Tengo deudas en la tierra,  
y deudas tengo en el cielo:  
pagaré allá con mi alma;  
ya pago aquí con mi cuerpo.

### XXXIX

En sueños te contemplaba  
dentro de la oscuridad,  
y cuando abriste los ojos  
todo comenzó a brillar.

Todo comenzó a brillar,  
y entonces te llamé yo:  
cerraste al punto los ojos,  
y la oscuridad volvió.

### XL

Cuando te estoy contemplando  
quisiera poner en ti  
en una, cuantas miradas  
desde que vivo perdí.

### XLI

Antes piensa y después habla,  
y después de haber hablado,  
vuelve a pensar lo que has dicho,  
y verás si es bueno o malo.

### XLII

Entre un rosal y una zarza  
nació una flor amarilla,  
con tantas y tantas penas  
que se murió el mismo día.

### XLIII

He preguntado llorando  
a mi pobre corazón,  
si es mentira su alegría  
y si es verdad su dolor.

Y si es verdad su dolor,  
y se ha puesto a suspirar,  
diciéndome en sus suspiros:

es mentira y es verdad.

XLIV

Cuando se llama a una puerta  
y ninguna voz responde,  
es señal de que en la casa  
son muy ricos o muy pobres.

XLV

Todo el que la piedra tira  
y esconde después la mano,  
es, aunque no lo parezca,  
el más malo de los malos.

XLVI

Cuando pasé por tu casa,  
«¿quién vive?» al verme gritaste,  
sólo con la mala idea  
de, si aún vivía, matarme.

XLVII

Yo no sé dónde he leído  
que toda la vida es sueño;  
y para ver si es verdad,  
a solas vivo despierto.

A solas vivo despierto,  
y he sacado en consecuencia  
que por la noche se vive,  
y que de día se sueña.

XLVIII

Dicen que te metes monja,  
yo no lo quiero creer,  
porque una cosa te falta  
que yo nunca te daré.

XLIX

Por Dios, mujer, no me mires  
con los ojos entreabiertos,  
porque así me dices sólo  
la mitad de tus secretos.

L

Todos los sabios del mundo  
han sacado en consecuencia,  
que el dinero y las mujeres



se parecen en la mezcla.

LI

Cuando el frío de la muerte  
a helar comience mi sangre,  
te llamaré en voz muy alta  
para que vengas a hablarme.

Y cuando estés a mi lado  
me dirás lo que ya sabes...  
y así se concluirán  
de una vez todos mis males.

LII

El querer es una hoguera  
que en nuestro pecho se enciende;  
por eso cuando queremos  
toda nuestra sangre hierve.

LIII

«Desde Granada a Sevilla,  
y desde Sevilla al cielo...»  
pero no tú, desalmada;  
tú irás antes al infierno.

LIV

¡Ay pobre de mí, que a fuerza  
de pensar en mis vecinos,  
me he salido de mi casa  
olvidándome a mí mismo!

LV

Ánimo, corazoncito,  
vuelve a recobrar la vida,  
que aún te quedan en el mundo  
muchas penas escondidas.

Muchas penas escondidas,  
y entre ellas ¡ay! la más negra:  
la de hallarte día y noche  
a solas con tu conciencia.

LVI

En el cielo hay una estrella  
que corre hacia todas partes,  
mirando si hay en el mundo

dos corazones iguales.

LVII

Levántate si te caes,  
y antes de volver a andar  
mira dónde te has caído  
y pon allí una señal.

LVIII

Si yo tuviera el dinero  
de los que a mí me han vendido,  
ellos fueran menos pobres  
y yo sería más rico.

LIX

Por la noche pienso en ti,  
y en ti pienso a todas horas;  
y mientras tanto yo viva,  
vivirá en mí tu memoria.

Vivirá en mí tu memoria,  
a la vez triste y alegre,  
pues has sido mujer buena,  
lo cual rara vez sucede.

LX

Me desperté a media noche,  
abrí los ojos, y al ver  
que tú estabas a mi lado,  
volví a dormirme y soñé.

LXI

Yo me asomé a un precipicio  
por ver lo que había dentro,  
y estaba tan negro el fondo,  
que el sol me hizo daño luego.

LXII

Me han dicho que hay una flor,  
de todas la más humilde:  
flor que quisiera yo darte,  
flor llamada «no me olvides.»

LXIII

Las pestañas de tus ojos  
son más negras que la mora,

y entre pestaña y pestaña  
una estrellita se asoma.

LXIV

Por Dios, mujer, no te escondas  
ni te pongas colorada:  
lo que acabo de decirte  
es lo que todos te callan.

LXV

Yo no podría sufrir  
tantas fatigas y penas,  
si no tuviera presente  
que la causa ha sido ella.

LXVI

Los cantares que yo canto  
se los regalo a los vientos,  
y uno no más, uno solo,  
guardo hace tiempo en secreto.

Y aquí lo guardo en secreto,  
para cantárselo a solas  
al que me quiera explicar  
el por qué de muchas cosas.

LXVII

No vayas tan a menudo  
a buscar agua a la fuente,  
que si a la orilla resbalas  
se enturbiará la corriente.

LXVIII

Niño, moriste al nacer;  
yo envidio el destino tuyo:  
tú no sabes lo que hay  
desde la cuna al sepulcro.

LXIX

Di, mujer, ¿qué estás haciendo?...  
¿no te ha dado Dios razón  
para ver que si me engañas  
nos engañamos los dos?

LXX

Cada vez que sale el sol

me acuerdo de mis hermanos,  
que sin pan y con fatigas  
van a empezar su trabajo.

Fatíganse en el trabajo  
mientras el sol los alumbra,  
y del trabajo descansan  
cuando se quedan a oscuras.

LXXI

Has pasado junto a mí  
sin decirme «adiós» siquiera;  
justamente hoy hace un año  
que yo te dije quién eras.

LXXII

Olvida, pues tú lo quieres,  
cuanto los dos hemos hecho;  
mas sé una vez generosa  
y déjame los recuerdos.

LXXIII

Por mi gusto en la corriente  
no sé lo que entré a buscar,  
y sin sentir me ha llevado  
la corriente hasta la mar.

LXXIV

Te he vuelto a ver, y no creas  
que el verte me ha sorprendido:  
mis ojos ya no se asustan  
de ver lo que otros han visto.

LXXV

Sé que me vas a matar  
en vez de darme la vida:  
el morir nada me importa,  
pues te dejo el alma mía.

LXXVI

Yo me he querido vengar  
de los que me hacen sufrir,  
y me ha dicho mi conciencia  
que antes me vengue de mí.

LXXVII

Yo pedí licencia a Dios  
que me dejase quererte,  
y Dios, al ver mis fatigas,  
me la otorgó para siempre.

Me la otorgó para siempre;  
y cuando dije «te quiero»,  
se presentaron los hombres  
y a mi querer se opusieron.

#### LXXVIII

En lo profundo del mar  
hay un castillo encantado,  
en el que no entran mujeres,  
para que dure el encanto.

#### LXXIX

Me he equivocado al decirte:  
por ti me muero, bien mío;  
quise decirte, y perdona,  
que tan sólo por ti vivo.

#### LXXX

Al verte cerca de mí,  
dudo yo mismo si sueño;  
sueño de noche contigo,  
y creo que estoy despierto.

#### LXXXI

Escuchadme sin reparo;  
mis palabras son verdades:  
nunca miréis con desprecio  
al que mendiga en la calle.

El que mendiga en la calle  
es el más digno de lástima,  
porque además de ser pobre  
lo va diciendo en voz alta.

#### LXXXII

Ni en la muerte he de encontrar  
la quietud que me hace falta;  
por eso, cuando me miro,  
tengo de mí mismo lástima.

#### LXXXIII

En verdad, dos son las cosas  
que el mundo entero gobiernan:  
el oro, por lo que vale,  
y el amor, por lo que cuesta.

LXXXIV

Mujer, ¿quién pudo anunciarte  
lo que el corazón te pide?  
Nunca te hablé, y con tus ojos  
cuanto deseo me dices.

LXXXV

Cuando el reloj da las horas,  
dice a todos sin reparo:  
al rico, que ande deprisa;  
al pobre, que ande despacio.

Y el pobre que anda despacio,  
con sed y hambre en el camino,  
suele a veces llegar antes,  
mucho antes que el más rico.

LXXXVI

Cada vez que paso y miro  
el sitio donde te hablé,  
volviendo al cielo los ojos  
digo llorando: ¡aquí fue!

LXXXVII

Ahora me vienes diciendo  
que el tiempo pierdo contigo;  
¿cómo se puede perder  
lo que nunca se ha tenido?

LXXXVIII

Mira si he soñado cosas  
en esta noche pasada,  
que he soñado que era un sueño  
aun lo mismo que soñaba.

LXXXIX

Que me engañara una vez,  
lo comprendo... ¡pero dos!  
por fuerza el hombre que quiere  
pierde toda su razón.

XC

¡Adiós!... De muerte es la herida  
que abriste en el pecho mío:  
el puñal hiere mejor  
cuanto más brillante y fino.

XCI

Dices que hablo mal de ti,  
y esa noticia no es cierta;  
si quiero, puedo hablar mal,  
mas no lo hago por pereza.

XCII

Vengo delante tu reja  
a darte el último adiós;  
y aunque lloro, no te asustes,  
porque tranquilo me voy.

No te asustes, compañera,  
que los hombres como yo;  
si lloran, es de alegría,  
si ríen, es de dolor.

XCIII

Morid contentos, vosotros  
que tenéis por compañeras  
dos madres que os acarician:  
la Humildad y la Pobreza.

XCIV

Si os atormentan fatigas  
sin saber de dónde vienen,  
no os apuréis por saber,  
al irse, dónde se vuelven.

XCV

Por ver si me quito el frío  
que al verte me entró ayer noche,  
me voy a poner al sol,  
que es el hogar de los pobres.

XCVI

«Por el camino real  
va caminando a lo lejos  
un hombre que se parece  
al amante que yo espero.»

Así cantaba la niña  
cuando el amante iba huyendo;  
que en el camino real  
los amantes son viajeros.

#### XCVII

En una noche de luna  
fui a la orilla del río,  
llevando la negra pena  
que siempre llevo conmigo.

La pena que iba conmigo  
tanto aumentó mi fatiga,  
que me paré a contemplar  
cómo las aguas corrían.

Y en las aguas que corrían  
miré mi propio retrato,  
al resplandor de la luna,  
pasar tembloroso y pálido.

#### XCVIII

Cuanto más pienso en las cosas,  
mucho menos las comprendo;  
por eso cuando te miro  
te estoy viendo y no lo creo.

#### XCIX

Como un rayo corre, vuela,  
y dile a quien me ofendió,  
que hace un año que le espero  
para vengarme mejor.

C

Aunque nos den que sentir  
siempre corremos tras ellas,  
porque al cabo las mujeres  
¡son tan malas y tan buenas!

#### CI

Tened preso el corazón  
como a un pájaro en su cárcel,  
porque si a escaparse llega  
volará hasta que se canse.

Cuando de volar se canse,  
vendrá caídas las alas...



¡Y el corazón vuela siempre  
en alas de la esperanza!

CII

La campana da las doce;  
las doce el eco repite;  
las doce el sereno canta  
y un día más se despide.

CIII

Sé que tengo que morirme,  
y aún no me he puesto a pensar,  
cuando la muerte me llame,  
lo que habré de contestar.

CIV

Compañera, yo estoy hecho  
a sufrir penas crüeles,  
pero no a sufrir la dicha  
que apenas llega se vuelve.

CV

Cuando te mueras te haré  
un cantar de muchas coplas,  
para que aprendan los vivos  
a respetar tu memoria.

Y si alguno no creyera  
lo que en mi cantar yo ponga,  
le mandaré al otro mundo  
para que allí te conozca.

CVI

Te ríes cuando te digo  
que eres causa de mis males:  
¡Pobre mujer! ni siquiera  
a tiempo reírte sabes.

CVII

Me has hecho esperar dos horas,  
las más largas de mi vida;  
horas en que hemos forjado,  
yo esperanzas, tú mentiras.

CVIII

¡Cuántas veces me he parado

en medio de mi camino,  
y he vuelto la vista atrás  
porque al pasar no te he visto!

CIX

Tú misma cortaste ramas  
del árbol que yo planté;  
las echastes a la lumbre,  
y no querían arder.

CX

Cuando vayas por el mundo  
yo te daré el pasaporte,  
y en las señas personales  
te pondré «mujer» sin nombre.

CXI

Muerte que causan los celos  
es la peor de las muertes,  
porque más se ama la vida,  
cuantos más celos se tienen.

CXII

Los elementos son cuatro:  
agua y aire, tierra y fuego;  
y en otro mundo sin nombre  
hay otros cuatro elementos.

En él el agua son lágrimas,  
el aire vanos deseos,  
el fuego continuas luchas,  
la tierra remordimientos.

CXIII

Te callas porque conoces  
que yo sé toda tu historia;  
¡qué cierto es aquel refrán  
que dice: quien calla, otorga!

CXIV

Te he visto por la mañana,  
y te he visto por la noche,  
y siempre te he visto igual,  
es decir, mintiendo amores.

CXV

A la ventana me asomo  
por ver la gente que pasa;  
y por eso digo a veces  
que da al mundo mi ventana.

#### CXVI

Esperanza de mi vida,  
¿por qué te alejas de mí  
llevándote las promesas  
que no llegaste a cumplir?

Cuando ves que ansioso tengo  
los ojos fijos en ti,  
esperanza de mi vida,  
¿por qué te alejas de mí?

#### CXVII

Ahora que me estás queriendo,  
yo no te puedo querer:  
las cosas buenas no llegan  
a tiempo ninguna vez.

#### CXVIII

La noche oscura ya llega;  
todo en el sueño descansa,  
y tan sólo el corazón  
dentro del pecho trabaja.

#### CXIX

Tú me miras, yo te miro,  
y así los dos nos miramos:  
tú me preguntas quién soy...  
yo sigo mirando... y callo.

#### CXX

Hay cuentos que no son cuentos  
y que son una verdad;  
escucha si no, morena,  
el que te voy a contar.

«Se quisieron una hora:  
no se olvidaron jamás...»  
una hora es una vida...  
es cuento, pero es verdad.

#### CXXI

Negro está el cielo allá arriba  
negros tus ojos, muy negros,  
y mi corazón, morena,  
como tus ojos lo tengo.

CXXII

Fuego sale de mi pecho,  
fuego brota de mis ojos,  
al ver que tú eres de nieve  
cuando la mano te cojo.

CXXIII

Te quería con el alma,  
y por eso tengo celos  
al pensar que os enterraron  
juntos en el cementerio.

CXXIV

Me quieres echar del mundo,  
lo cual no me importa nada,  
porque me da el corazón  
que este mundo no es mi casa.

CXXV

A la luz de las estrellas  
yo te vi, cara de cielo;  
por eso cuando te miro,  
de las estrellas me acuerdo.

CXXVI

Que te compren no me extraña,  
que te vendas... ¡eso sí!  
y lo que menos comprendo  
es que no te extrañe a ti.

CXXVII

Tenía los labios rojos,  
tan rojos como la grana;  
labios ¡ay! que fueron hechos  
para que alguien los besara.

Yo un día quise... la niña  
al pie de un ciprés descansa:  
un beso eterno la muerte  
puso en sus labios de grana.

CXXVIII

Por fuerza me he vuelto loco  
sin saber cómo ni cuándo,  
puesto que estoy tan perdido  
que me busco y no me hallo.

CXXIX

Vivir, cuando justamente  
naciste para morir...  
¿cómo vivir, cuando llevas  
la muerte dentro de ti?

CXXX

Me hieres con un puñal,  
yo con mi pluma te hiero;  
mi pecho queda encarnado,  
y el tuyo se queda negro.

CXXXI

Si yo pudiera arrancar  
una estrellita del cielo,  
te la pondría en la frente  
para verte desde lejos.

CXXXII

¿Quién eres? -Ya ni me acuerdo.  
¿De dónde vienes? -No sé.  
¿A dónde vas? -Qué sé yo.  
¿Qué haces aquí? -¡Qué he de hacer!

CXXXIII

¡Ay de mí! Por más que busco  
la soledad, no la encuentro;  
mientras yo la voy buscando,  
mi sombra me va siguiendo.

CXXXIV

Dos amantes se juraron  
guardar por siempre un secreto;  
y por guardarlo mejor,  
dicen que ambos se murieron.

CXXXV

Lo que tuve ya se fue;  
lo que tengo está perdido;  
si lo que espero no llega,

¡pobre de ti, cuerpo mío!

CXXXVI

Es tanto lo que te quiero,  
que hasta quiero tener penas,  
sí, cuando yo te las cuente,  
te has de divertir con ellas.

CXXXVII

Allá arriba el sol brillante,  
las estrellas allá arriba;  
aquí abajo los reflejos  
de lo que tan lejos brilla.

Allá lo que nunca acaba,  
aquí lo que al fin termina;  
¡y el hombre atado aquí abajo  
mirando siempre hacia arriba!

CXXXVIII

Guárdate del agua mansa,  
y guárdate de los hombres  
que, sin conocerte a ti,  
a todo el mundo conocen.

CXXXIX

Eres de lo ajeno avara,  
y pródiga de lo tuyo,  
cosas que no se comprenden  
porque son cosas del mundo.

CXL

Caminando hacia la muerte  
me encontré con tu querer,  
y por morir más a gusto  
seguí el camino con él.

CXLI

Hay víboras en la tierra,  
manchas negras en el sol;  
centellas hay en el cielo,  
y envidia en el corazón.

CXLII

Todo hombre que viene al mundo  
trae un letrero en la frente,

con letras de fuego escrito,  
que dice: ¡reo de muerte!

### CXLIII

Me mata poquito a poco  
el querer que yo te tengo:  
no te asustes, compañera,  
pues por lo mismo te quiero.

### CXLIV

Los que quedan en el puerto  
cuando la nave se va,  
dicen, al ver que se aleja:  
¡quién sabe si volverá!

Y los que van en la nave  
dicen, mirando hacia atrás:  
¡Quién sabe, cuando volvamos,  
si se habrán marchado ya!